

Soy campillano de nacimiento. Mis padres fueron maestros de Campillo. Mi madre (D^a Natividad Calvo) lo fue casi ininterrumpidamente (excepto dos años que ejerció en La Yunta, del 44 al 46) desde el año 1935 hasta el año 1962. Mi padre (D. Mariano Delgado) fue maestro de La Yunta desde el año 1935 hasta el año 1946 y de Campillo desde el año 1946 hasta el año 1962. En Campillo nacimos todos mis hermanos, menos Andrés, que nació en La Yunta. En Campillo están enterradas dos de mis hermanas: Soledad y Socorro. En Campillo viví, desde que vine al mundo hasta los diecisiete años. Antes de cumplirlos, estando aún en Campillo, surgió mi primer amor, que, como suele suceder en los pueblos, sólo unos pocos conocían. Entre los que lo sabían estaba mi amigo del alma Lorenzo Heredia q. e. p. d. Luego empecé a faltar, de nuestro querido pueblo, cada vez por espacios de tiempo más prolongados. Desde los 20 a los 27 viví en Madrid, y, a partir de los 27, en América, concretamente en el Perú. Allí estuve 15 años. Volví a España en 1982, me afinqué en Valencia y aquí sigo.

Conozco bastantes países. He paseado el nombre de nuestro pueblo por distintas partes del mundo. Siempre con el noble orgullo que conlleva la pertenencia a la patria chica. Mi costumbre ha sido “presumir” de campillano. Por ejemplo, si he sido preguntado por mi origen o procedencia, he antepuesto el nombre de Campillo a todos los otros posibles. Me explico: Ante la pregunta “¿De dónde eres?”, mi respuesta siempre ha sido rotunda, sin rodeos, ni timideces: “De Campillo de Dueñas”. No he respondido “De España”, ni “De Guadalajara”, ni “De Molina de Aragón”. No, no. La respuesta siempre ha sido “DE CAMPILLO DE DUEÑAS”. Esa manera de contestar tiene la virtud de picar la curiosidad del preguntón, que generalmente vuelve a preguntar “¿Y dónde queda ese pueblo?”. Lo que me da a mí la oportunidad de hablar un poco más extensamente de Campillo...

En Campillo viví, mi infancia y primera juventud. Allí, me bautizó D. Honorio Tarancón. Allí asistí a la escuela. Allí jugué, con todas mis energías infantiles, que eran muchas, a todos los juegos que se practicaban, variados apasionantes: el Marro, la Dola, (Dola y media p’al que quiera), el Chirri Media Manga Manga Entera (Mangotero), Ladrones y Policías,(...Vale desde La Nevera hasta el Castillo) el Tango, el Tanguillo, la Tanga, los Cuartetes, ¡la Estornija!, el Frensis, el Guá, “Uvas traigo a vender, Jugalatero Real...”, el Corro de la Patata, la Comba (más para chicas que para chicos)... Seguro que muchos más se quedan en el tintero.

Hacíamos trabucos de sauco, que tiraban balas de estopa. Sabíamos hacer las pelotas para jugar en el frontón (enormes los partidos y buenísimos los jugadores de pelota en los domingos y las fiestas) y forrarlas de piel de perro o de otros animales, cosa que era un arte. Antes de que volaran los cohetes espaciales, ya sabíamos nosotros lanzar al aire (¡cuidado!.. al espacio) un bote de tomate vacío, con un poco de carburo que nos daban algunos de los tres herreros que llegó a haber en Campillo (era todo un arte fabricar aquellos “cohetes”, que como eran peligrosos llegaron a estar prohibidos). Siendo un poco más mayor aprendí a tirar a la Barra. ¡Qué buenas partidas de Barra se jugaban en el tramo que iba desde el Lavadero, hasta el Puente! En la barra destacaban Elías, Eusebio, Feliciano, Segundo, Gerardo... y otros de los que recuerdo su cara pero he perdido su nombre, que me perdonen.

Aunque la vida me fue alejando de mis raíces, poniendo miles de kilómetros de por medio entre mi lugar de residencia y mi lugar de nacimiento, no pudo disminuir, ni en

un ápice, (al contrario fue en aumento) la morriña que siempre he sentido al recordar los parajes campillanos, recorridos tantas veces acompañando a algún agricultor, o buscando setas o nidos: El Aguachar, El Pradejón, La Serrana, Vallejo Rodrigo, El Acirate, El Toconar, El Salobral, Llano del Mar, Cerro de la Cabeza, La Vega, Prado Marojal, Valdemaria (más bonito me resulta Val de María), Los Rebollejos, Cerro Santo, Arroyo Santo, y tantos y tantos otros...Los Casares, El Tomillar, El Villarejo, La Tejera, La Tejería, Las Fuentezuelas... un mundo de sitios, todos tan entrañables.

Recuerdo una pequeña presa que había en la Rambla. La había hecho el tío Silvestre, para regar su huerta. Nosotros le llamábamos el “Mar Muerto”, porque era alargada. Allí, con tan escasas aguas como tenía, medio aprendíamos a nadar. Algunas veces nos “pillaba” el dueño y como estábamos completamente desnudos no podíamos salir corriendo. ¡Qué situación! Lo malo era que luego se lo contaran a nuestros padres. Aquella rambla ¡tenía peces!, que para un sitio como Campillo, tan lejos del mar, (¿Cómo sería el mar? Nos preguntábamos) eran toda una atracción. Hasta que no nos hacíamos un poco mayores no podíamos ir solos a la Laguna Honda, que tenía tencas, y esos (los de la rambla) eran los únicos peces que conocíamos. Quiero decir peces vivos porque muertos se podían comprar en el Almacén (de Abajo o de Arriba) en forma de sardinas rancias. Era todo un arte quitarles la piel, las escamas y las raspas, pero una vez limpias de todo eso no estaban tan malas. Algunos las asaban pero eso a mí no me gustaba nada, nada...

Ya está bien por hoy. Otro día más. Tengo muchos “cuentos”, (que no son cuentos sino historia) que contar. Un saludo cordial a mis paisanos campillanos. Javier Delgado